

EL TESORO DE GUALIJAR

Magdalena Valenzuela Guzmán

Como casi todas las leyendas de riquezas ocultas en nuestra comarca, esta tiene como protagonista un supuesto tesoro propiedad de un poderoso islamita, residente en nuestro pueblo en tiempos antiguos, cuando los moros transitaban por estas tierras, antes de que definitivamente fueran conquistadas por las huestes cristianas.

Comienza esta leyenda en 1859, durante la guerra que enfrentó a España y Marruecos, conocida popularmente como la guerra de África.

Era tiempo de efervescencia patriótica, e imbuidos por este entusiasmo, fueron muchos los españoles que se presentaron en los centros de reclutamiento para acudir como voluntarios al frente.

Este fue el caso de un vecino de la zona conocido como Domingo el Píncel¹, que se alistó y formó parte del ejército español que embarcó en Algeciras rumbo a África.

Cuenta la leyenda que en el frente de Tetuán, Domingo observaba a menudo un moro entrado en años, vestido con chilaba, la cabeza cubierta por un turbante y rostro con espesa barba que solo permitía dejar a la vista los arrugados ojos.

El anciano, que parecía indiferente a los avatares de la guerra, tomaba el sol, siempre que las circunstancias lo permitían, apaciblemente sentado sobre una roca. Este extraño comportamiento llamó la atención de Domingo y un día en que lo divisó sentado a lo lejos, llevado por la curiosidad y con ganas de entablar conversación se decidió a dialogar con él. Después de los saludos de rigor el moro le preguntó:

- ¿Quién eres?
- Soy un soldado español-Contestó Domingo.
- ¿De donde vienes?
- De Jaén. De un sitio que llaman Cabrita.

El moro le miró directamente a los ojos y sorprendido le preguntó:

- ¿Soldado, conoces un lugar llamado Gualijar?
- Por supuesto, está en mi pueblo y he ido allí muchas veces.
- Pues en ese lugar hay mucho oro enterrado.

Sorprendido Domingo le pidió que le contara su historia y el moro la narró de esta manera:

- En mi familia se ha transmitido de generación en generación la historia de un antepasado nuestro que residía en un lugar llamado Cabrita, en los tiempos en que el reino de Granada se extendía hasta la zona de donde tu vienes.

Era una persona pudiente y trabajadora que a lo largo de su vida amasó una gran fortuna, que esperaba le fuese útil para disfrutar de su vejez y transmitir a su descendencia.

Su vida transcurrió apacible y tranquila, hasta que llegó el día en que los árabes fueron obligados, con gran premura, a salir de España.

Este antepasado mío, del que el tiempo ha olvidado su nombre, fue obligado al igual que el resto de los musulmanes, a dejar su casa y marchar al norte de África.

Sin saber que hacer con las riquezas acumuladas durante toda su vida y por temor a que las tropas cristianas revisasen su equipaje y le requisaran su tesoro, decidió enterrarlo en Cabrita, a los pies de la cortijada existente en un lugar al que

¹ Leyendas. Amezcua Martínez, Manuel

llaman Gualijar, en espera de que las circunstancias le permitieran acudir a recuperarlo.

Sin embargo pasaron los años y ni él, ni ninguno de sus descendientes, tuvimos la oportunidad de volver y rescatarlo y por tanto, desde aquel día permanece oculto en algún lugar de ese paraje.



Domingo quedó boquiabierto por lo oído, pero tuvo que regresar a la compañía, junto al resto de los soldados, aunque en su mente forjó la idea de regresar en la primera ocasión, indagar y preguntar al anciano más datos sobre el supuesto oro de Gualijar. Sin embargo el viejo moro no volvió a aparecer durante todo el tiempo en que Domingo permaneció en el frente.

Terminada la guerra, el soldado regresó a casa y puso en conocimiento de su familia la extraña historia que había escuchado en el lejano Tetuán.

Llegaron a la conclusión de que debía de tratarse de las ruinas que existían y aún hoy existen, a los pies del nacimiento de Gualijar y armados de pico y pala, se pusieron a excavar durante días, sin resultado positivo.



Entre los habitantes de la zona cundió la noticia de la existencia del tesoro oculto y muchos de ellos, durante años invirtieron muchas horas de su tiempo en horadar los alrededores en busca del tesoro, sin que hasta que el día de la fecha se tenga noticia de que algún vecino se haya hecho con el botín, y en consecuencia debe permanecer aún oculto esperando que alguien, algún día lo saque a la luz.